

El siglo XXI toma forma: 2004, un año a tres velocidades

Clique aquí para
consultar el resto
de contenidos del
Anuario en la web
CIDOB

Fred Halliday,
profesor de Relaciones Internacionales en
la London School of Economics and Political
Science.
Profesor invitado en la Fundació CIDOB.

Explosiones políticas y naturales

Aunque 2004 no ha sido el año de un único acontecimiento relevante y definidor, ha presenciado sin embargo una serie de hechos destacados, dramáticos e imprevistos, que se han visto acompañados de otros procesos, de medio y largo alcance, que han adquirido una relevancia más especial precisamente este año. Así como el siglo XX tardó cuatro o cinco años en dar a conocer sus rasgos distintivos más profundos -pensamos en la guerra ruso-japonesa de 1904 y las posteriores revoluciones rusa, persa, turca, mexicana y china-, presagiando lo que Hannah Arendt llamó “La edad de guerras y revoluciones”, de la misma manera podría resultar que los acontecimientos de 2004 han esbozado aquellas tendencias que podrían llegar a dominar los años venideros. Tanto el optimismo liberal de finales de los noventa como la brutal confrontación del 11 de septiembre de 2001 pueden resultar haber sido falsos indicadores del porvenir. En lugar de esto, si 2004 es un indicador exacto, vamos a descubrir un panorama internacional más complejo pero duradero y, en ciertos aspectos, inquietante.

Percatarse de estos procesos implica identificar los distintos intervalos de tiempo en los que se desarrollan los acontecimientos mundiales. En su famoso análisis del tiempo histórico la escuela de los Annales dirigida por Fernand Braudel distinguió entre tres marcos tem-

porales que permitían analizar los hechos y los cambios: el *événementiel* o tiempo corto, la *longue durée* o tiempo largo y, entre los dos, el tiempo medio o conjonctural. 2004 ejemplifica esta distinción entre los tres marcos, porque ha estado marcado por las tres formas contrastadas de acontecimiento histórico: la de carácter *événementiel* -las sorpresas políticas que de manera repentina y fulminante irrumpieron en la escena internacional- y la de *longue durée*. Y, entre estas dos, se han producido varios procesos coyunturales de décadas, que han destacado 2004 como un año de transición, del interregno de la posguerra fría (es decir, a partir de 1991) a la configuración de un nuevo mundo en el que parecen imponerse unos parámetros diferentes y perdurables.

En la primera categoría, la del tiempo corto o *événementiel*, se incluyen cuatro acontecimientos: los atentados terroristas del 11 de marzo en Madrid -el atentado terrorista más sangriento de la historia de España y, desde luego, del continente europeo-, la posterior victoria del PSOE, en gran parte inesperada, en las elecciones del 14 de marzo y la ulterior retirada de las tropas españolas de Irak; la revuelta popular de Ucrania que siguió a las fraudulentas elecciones presidenciales del 10 de diciembre; la subida del precio internacional del barril de petróleo por encima de los 50 dólares estadounidenses y la probabilidad de que siga subiendo durante al menos un tiempo; y, para acabar, un acontecimiento bastante diferente pero de enormes repercusiones sociales y políticas, que ensombreció los últimos días del año y las primeras semanas de 2005, el tsunami del Sudeste Asiático del 26 de diciembre, el segundo terremoto de mayores dimensiones registrado en la historia de la humanidad, que acabó con la vida de un cuarto de millón de personas.

Cada uno de estos acontecimientos sirvió para ilustrar el carácter impredecible o sorpresivo de los asuntos humanos -un factor que en tiempos recientes se puso de manifiesto con el hundimiento de la URSS en 1991 o los atentados de Al-Qaeda en Nueva York y Washington en septiembre de 2001-, y al mismo tiempo demostró otra cosa: cómo, frente a hechos repentinos, se desatan otras fuerzas sociales y políticas que quieren dar respuesta a la tragedia pero también aprovecharse de ella. Así, los atentados terroristas de Madrid reorientaron la política nacional e internacional española, y las protestas de Ucrania no afectaron sólo a ese importante país de 50 millones de habitantes, sino también a la política tanto de Rusia como de la Unión Europea. El aumento de los precios del petróleo fue producto de diferentes dinámicas de la economía internacional, principalmente el aumento de la demanda en el Este asiático, en especial en China, la inquietante incertidumbre política que se vive en varios países (Irak, Nigeria, Venezuela) y los efectos -del todo predecibles pero no admitidos- que acarrearán la falta de previsión a largo plazo por parte de las empresas y los países productores en cuestiones como la producción, el transporte y el refinado.

El tsunami de diciembre fue un fenómeno natural que, si bien los expertos dijeron que llevaba 16.000 años gestándose, habría sido imposible prever con precisión. Ahora bien, aparte de recordarle al mundo algo que en esta era “verde” se olvida con demasiada facilidad –que la naturaleza puede matar–, tuvo importantes implicaciones humanas, políticas y sociales que se dejaron sentir sobre todo en dos aspectos. Por un lado, provocó una avalancha de ayuda humanitaria y servicios de emergencia impulsada por países y personas concienciados, pero condicionada, si no del todo determinada, por factores políticos, a saber, por la intención de los estados de controlar la labor humanitaria o utilizarla con fines propagandísticos. Por otro, pese a la imposibilidad de evitar el tsunami, la pérdida de un cuarto de millón de vidas sí podría haberse evitado: con las advertencias y las medidas de emergencia adecuadas, disponibles en otras zonas más desarrolladas del Pacífico, habría fallecido mucha menos gente como consecuencia de la ola, que en algunos casos tardó hasta cinco horas en alcanzar las orillas en las que sembró la muerte. Tal como ha ocurrido a lo largo del siglo XX, y podría pasar en el XXI, en lo que concierne a la criminal negligencia de los estados respecto al deterioro medioambiental o la propagación del sida, no fue la naturaleza letal sino la supuestamente benigna especie humana la que se ha revelado más peligrosa para sí misma.

El fin del interregno de la posguerra fría

En contraste con estos acontecimientos fulminantes pero puntuales, en 2004 se produjeron también otros procesos coyunturales más dilatados en el tiempo pero igualmente importantes que, mirados en su conjunto, apoyan la tesis de que este año marcó el final de un interregno: el final de la posguerra fría. El año 2004 supuso, en primer lugar, la consolidación decisiva de Estados Unidos: mientras que en 2000 la elección de George Bush Jr. fue impugnada y en gran parte del extranjero la personalidad, el discurso y las formas tejanas del presidente causaron desconcierto e incluso irritación, su reelección el 2 de noviembre de 2004 disipó todas las dudas que pudieran seguir albergándose en torno a su mandato. Con la guerra en Irak abierta y pese a su manifiesta incompetencia para desempeñar el primer cargo político del planeta, George W. Bush fue reelegido por una diferencia de 3 millones de votos que le dio la mayoría y, por primera vez en muchos años, el control presidencial de las dos cámaras del Congreso. Además de acabar con la confusión de las elecciones presidenciales de 2000, esta victoria puso fin a la década y media de multilateralismo y política exterior mixta promovida por el presidente Clinton y,

antes de él, por George Bush padre. En política internacional, ya no había que fingir preocupación por las Naciones Unidas; bastaba con mostrar un interés simbólico por la voluntad de los aliados y exaltar sin tapujos el interés nacional de Estados Unidos y el sentimiento patriótico. En Washington se imponía ahora la ideología del neoconservadurismo, que combina el recurso al predominio de la fuerza militar (como en el caso de Irak) o la amenaza de ésta (Irán, Corea del Norte) con la creencia (derivada de fuentes tan eclécticas como el internacionalismo liberal y las políticas del presidente Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial) de que hay que promover un cambio político en Oriente Medio y en otras partes del mundo.

Esta postura internacional, clara y sin duda aclarada, se vio reforzada por los cambios que, como demostraba la reelección de Bush, se habían producido en la política norteamericana: aunque Estados Unidos se está convirtiendo, en términos generales, en una sociedad más secular (el número de personas que se declaran ateas, 30 millones, se ha doblado en la última década y, en general, hay más libertad que en cualquier otra parte del mundo en cuestiones como la actitud hacia la pornografía y las relaciones interpersonales, también han ganado poder minorías organizadas de evangélicos y otros cristianos fundamentalistas. El cambio se

ha acentuado con las campañas de la derecha conservadora contra cuestiones como el aborto y el matrimonio homosexual, aunque también ha contribuido a ello un cambio social y migratorio de des-

plazamiento hacia el sudoeste, lejos de las costas más liberales (en gran parte facilitado por la aparición, en las últimas dos décadas, de sistemas baratos de aire acondicionado que permiten aliviar el calor del verano).

En los Estados Unidos del siglo XXI, dos características de la cultura política norteamericana –religiosidad y paranoia–, presentes desde hace tiempo pero que últimamente destacaban menos, se han combinado con un tercer rasgo cultural histórico –el desprecio por la ley y las normas internacionales– y han conseguido sino un apoyo mayoritario sí una influencia decisiva muy significativa. Sin embargo, otro factor que corrobora el poder del ala conservadora republicana y el impacto decisivo que podría tener a largo plazo es la desestructuración del Partido Demócrata. La caída de Clinton en medio del escándalo en 2000, la ineficacia de la campaña y las políticas de Gore y la falta de un nuevo líder carismático sumió al partido en el faccionalismo, las meteduras de pata tácticas y una falta de visión estratégica tanto en política interior como exterior. Tarde o temprano la balanza volverá a inclinarse en favor de los demócratas, pero la tendencia de 2004 y sus profundas implicaciones sociales e ideológicas en la sociedad y las instituciones estadounidenses sugieren

“Dos características de la cultura política norteamericana –religiosidad y paranoia–, se han combinado con el desprecio por la ley y las normas internacionales”

que, con la victoria de Bush el pasado mes de noviembre, en el país más poderoso del mundo se inicia un largo período de supremacía republicana. Guste o no, éstos eran, tras la confusión generada por Clinton y los discutidos resultados de las elecciones de 2000, los Estados Unidos que habían emergido de la Guerra Fría y de la situación inmediatamente posterior: unos Estados Unidos seguros de su poder indiscutible, que se reafirmaban en sus valores conservadores y religiosos, que desdénaban los intereses de otros países y los compromisos adquiridos con ellos. Quedaba por ver si esa ideología sobreviviría a la prolongación de las hostilidades en Irak o a la precariedad del dólar. Sin embargo, apareció, esperando entre bastidores, ese otro Estados Unidos más ansioso que confiado, receloso de lo “extranjero” y lo “multicultural” en general, totalmente contrario a lo que otras culturas perciben como algo placentero y fruto de la libertad personal. Ya no se trataba de cómo evolucionaría la política estadounidense ni en qué momento se producirían los cambios; ahí estaba una potencia introvertida, desconfiada y potencialmente violenta, con la que el mundo iba a tener que aprender, más que nunca, a convivir.

El segundo cambio coyuntural importante de 2004 afecta a la política estadounidense: la aclaración de cómo iba a evolucionar la “guerra contra el terrorismo” o, más concretamente, cuáles iban a ser las consecuencias del 11 de septiembre de 2001. Justo después de los atentados no se sabía con claridad cuál era la naturaleza del ataque perpetrado ni cómo iba a responder Estados Unidos u Occidente en general. Desde la perspectiva estadounidense, no se sabía cómo calificar la amenaza terrorista ni hasta qué punto se debía colaborar con otros países, de forma multilateral, para contenerla. Al mismo tiempo, tampoco estaba clara la naturaleza de la amenaza proferida por los militantes sunníes *yihadistas*, cuyo discurso podía ir desde una declaración de guerra general contra el mundo occidental hasta un llamamiento al sometimiento de toda la humanidad al islam, según su propia interpretación del mismo, o una campaña más concreta contra la presencia occidental en Oriente Medio y contra países como Egipto, Arabia Saudí e Israel por sus vínculos con Occidente. A finales de 2004 se sabía ya que el movimiento armado que organizó el 11 de septiembre de 2001 y que llevaba diez años actuando en Nueva York, África Oriental, Yemen y otras partes del mundo, no tenía por objetivo principal derrotar a Estados Unidos u “Occidente”, sino algo más concreto: ganar poder en una serie de países de Oriente Medio. Las intervenciones de terroristas islámicos llevadas a cabo en Occidente, como la de 2001 en Nueva York o la de 2004 en España, formaban parte de una estrategia política concebida para debilitar y dividir al mundo occidental, pero en el contexto de una campaña destinada a hacerse con el poder en los países de Oriente Medio. Esta estrategia es palpable en las declaraciones difundidas por Bin Laden en la víspera de las elecciones

estadounidenses y en las acciones militares llevadas a cabo por la red Al-Qaeda y sus socios en 2004 en Irak y Arabia Saudí.

El conflicto con Al-Qaeda y su evolución fueron evaluados de maneras muy distintas por los expertos occidentales y de Oriente Medio. Hubo al menos tres grandes puntos en los que no se pusieron de acuerdo. En primer lugar, discreparon sobre cómo estaba evolucionando el conflicto. Algunos, incluido el conocido experto Walter Laqueur, argumentaron que, con la perspectiva de los tres años posteriores al 11-S Estados Unidos y sus aliados estaban, en términos generales, “ganando” la guerra contra Al-Qaeda: no se habían cometido más ataques en Estados Unidos, se estaban conteniendo las revueltas en los diferentes países de Oriente Medio, algunos de los dirigentes y organizadores de Al-Qaeda habían muerto o habían sido detenidos y, en Estados Unidos y entre Estados Unidos y sus aliados, se había establecido un sistema más eficaz para contrarrestar el terrorismo. Pero otros -como el agente de la CIA, Michael Scheuer (2004), autor de *Imperial Hubris* (“Arrogancia imperial”)- sostuvieron que Estados Unidos había infravalorado a Al-Qaeda, antes y después del 11-S. Según este análisis, era necesario ver el conflicto como una lucha a largo plazo contra una “insurgencia transnacional” que podía actuar, organizarse y reclutar a miembros en muchos países, y no como una lucha contra un único enemigo terrorista como sugiere el término “guerra contra el terror”. El segundo punto en discordia fue la causa: en Occidente, y también en Oriente Medio, muchos defendían que este terrorismo islamista se debía a una serie de elementos concretos y arraigados en la sociedad islámica, como la dictadura, el fanatismo religioso o las incitaciones a la violencia y la lucha contra los infieles, *kuffar*, del Corán. Este argumento, cómodo desde un punto de vista ideológico y político, descansaba sobre varios supuestos cuestionables: primero, implicaba cierta continuidad histórica y un determinismo cultural en las sociedades musulmanas; y segundo, más importante aún, pasaba por alto que este tipo de fundamentalismo islámico tiene sus orígenes en la Guerra Fría y en las primeras políticas del propio Estados Unidos. Por un lado, fue la movilización occidental de las fuerzas conservadoras y de posteriores fuerzas musulmanas violentas contra la URSS y sus aliados -a partir de la década de los sesenta, y en particular en Afganistán en los ochenta-, la que dio lugar a Al-Qaeda. Por otro lado, la atribución del terrorismo a factores culturales o religiosos tampoco tenía en cuenta el grado en el que las protestas en las que se gesta y se basa la ideología de Al-Qaeda y sus aliados no se remitían a la religión como tal, sino a la persecución de los musulmanes y al no reconocimiento de los derechos, en sí mismos universales, de los musulmanes, especialmente en Palestina y en países dictatoriales árabes como Egipto y Arabia Saudí. Estos dos debates llevaron a un tercero sobre cuál debía ser la respuesta ade-

cuada. La política estadounidense primó la actividad militar, acompañada de una amplia reorganización de los servicios de inteligencia y la caracterización del bando contrario como una panda de criminales o como “el Mal”, desde un punto de vista tanto moral como teológico. La postura contraria, bien articulada por el presidente español Rodríguez Zapatero en su discurso ante Naciones Unidas en septiembre de 2004, defendía que este fenómeno abarcaba al menos tres niveles: el militar o la seguridad, el político y el cultural. Cualquier análisis y cualquier respuesta debían tener en cuenta las tres dimensiones.

La lucha contra Al-Qaeda y grupos afines estuvo acompañada de continuos estallidos de violencia e incertidumbre en varias zonas de Oriente Medio. En Irak el Gobierno apoyado por Estados Unidos subió al poder el 30 de junio, pero tuvo que enfrentarse a los continuos y destructivos ataques y amenazas militares de las fuerzas tanto chiíes como suníes, estas últimas respaldadas por redes organizadas por antiguos oficiales del régimen baazista. Estados Unidos consiguió uno de sus objetivos, organizar las elecciones del 30 de enero de 2005, lo que abrió las puertas a una consolidación política del nuevo régimen y a la retirada progresiva del ejército estadounidense. Sin embargo, aunque Estados Unidos seguía siendo la principal fuerza de ocupación en Irak, el poder político del vecino oriental de los irakíes, Irán, iba creciendo y consolidándose gracias a la fuerza de los chiíes de Irak, donde representan el 60% de la población.

Por otro lado, Afganistán, el otro país invadido por Estados Unidos tras el 11-S, parecía haber emprendido un lento proceso de normalización política que había permitido celebrar con éxito las elecciones de octubre. De momento había paz en la mayor parte de Afganistán, pero muchos pensaban que el sistema creado tras 2001 acabaría viniéndose abajo tarde o temprano, pues los “señores de la guerra” estaban imponiendo su fuerza y se había permitido que la producción de opio volviera, una vez más, a dominar el comercio exterior del país: pocas personas creían que el Estado afgano -en el mejor de los casos una estructura gubernamental débil y fragmentada que hace valer su autoridad sólo en Kabul- podría sobrevivir con un menor apoyo de la comunidad internacional. En una tercera zona de conflicto en Oriente Medio, Palestina, la intifada de Al-Aqsa que estalló en el año 2000 siguió provocando amargos enfrentamientos entre las fuerzas israelíes y palestinas, especialmente en Gaza. La muerte del líder de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Yasser Arafat, en noviembre, hizo pensar a algunos que se podrían entablar nuevas negociaciones de paz, pero la profunda rabia instalada en ambos bandos étnicos y la negativa de Israel a plantearse en serio la

“Las elecciones de junio no fueron unas elecciones europeas, sino un conjunto de elecciones nacionales simultáneas”

retirada de los territorios ocupados y el reconocimiento de las fronteras previas a 1967 hicieron que las perspectivas de alcanzar la paz fueran escasas. En cambio, en una cuarta zona de conflicto en Oriente Medio, Sudán, donde la guerra civil arrastrada desde la década de los sesenta había matado a un millón de personas y desplazado a otros cuatro millones, sí hubo esperanzas para la paz: en un movimiento único, el Consejo de Seguridad de la ONU celebró una sesión extraordinaria en Nairobi, sede de las negociaciones sudanesas, para apoyar el proceso que culminó con un acuerdo de paz en enero de 2005. Sin embargo, quedaron por resolver dos problemas importantes: en primer lugar, la incertidumbre sobre si los políticos sudaneses del norte y del sur apoyarán hasta el final un complejísimo proceso de paz que debe conducir a la celebración de un referéndum al cabo de seis años, el cual, en opinión de la mayoría de observadores, conducirá a la independencia del Sur; en segundo lugar, pese a las esperanzas de paz en el sur, el conflicto ha proseguido en otras regiones, en el este cerca de Eritrea y con auténticas atrocidades que algunos incluso han calificado de “genocidio” en la zona de Darfur, al oeste del país.

El tercer cambio coyuntural se ha producido en el proceso de integración europea, con la ampliación de la Unión de 15 a 25 países a finales de junio.

Esta ampliación supone la reunificación de Europa, la creación de una entidad europea de enormes dimensiones sin precedentes en los últimos mil años -desde 1056, cuando se produjo el cisma que

dividió la cristiandad entre la ortodoxia de Oriente y el catolicismo de Occidente. A efectos prácticos, se crearon una unión y un mercado que aglutinan a 450 millones de personas, unidas en gran parte por una moneda común y unas fronteras que, pese a no estar totalmente abiertas, facilitan el transporte de personas y mercancías entre los diferentes países. Este paso tuvo una importancia fundamental para los países implicados y los que siguen excluidos, como Ucrania, a los que el proceso sirvió como modelo. No obstante, la incorporación de nuevos miembros comportó también otros problemas a largo plazo que ensombrecieron algunos aspectos del programa de “construcción europea”. En primer lugar, debido a su peso económico, Europa abrazó un modelo social que cada vez recibe más presiones de Estados Unidos y países exportadores baratos como China, ahora miembro de pleno derecho de la Organización Mundial del Comercio (OMC). En segundo lugar, pese a que Europa intentó articular una política exterior y de defensa independiente, su posición en la escena internacional fue débil: sus estados miembros velaron por sus intereses unilaterales y sus poblaciones no se mostraron dispuestas a financiar el ejército que se necesita para proyectar el poder euro-

peo en la escena internacional. En el seno de sus instituciones también surgieron problemas que los estados miembros, por intereses y previsiones nacionales, prefirieron no abordar: los misteriosos procedimientos de voto del Consejo de Ministros, la extraña triplicación de sedes parlamentarias, la duplicación de las funciones ejecutivas, la absorción del 50% del presupuesto por las subvenciones a la agricultura, o la cara e innecesaria -en términos prácticos- multiplicación de los costes de traducción y su complicación por el aumento del número de lenguas. Los principales estados tampoco se pusieron de acuerdo sobre cuestiones fundamentales: los británicos siguieron escépticos respecto a todo el proceso (en inglés no existe una traducción de la expresión “construcción europea”), los tres estados de mayor peso adoptaron posturas unilaterales en las principales cuestiones de política exterior y de defensa, los italianos se opusieron al intento de Alemania de convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad y, lo más importante de 2004, los estados de la UE se mostraron muy divididos respecto a la guerra de Irak y la cooperación con Estados Unidos en esta contienda. La ampliación de junio de 2004 y la proclamación de una Constitución Europea prometieron una Unión más fuerte, pero no quedó claro que esa promesa se cumpliera. Las elecciones de junio no fueron, ni desde un punto de vista conceptual ni legitimador, unas “elecciones europeas”, sino un conjunto de elecciones nacionales simultáneas en las que, conviene recordarlo, partidos populistas hostiles a la inmigración disfrutaron de una fuerte presencia en varios países. Las políticas antimigratorias pregonadas por primeros ministros como Anders Fogh Rasmussen en Dinamarca y John Howard en Australia, y la construcción de una valla metálica en parte de la frontera de México con Estados Unidos, muestran un endurecimiento a nivel internacional de la percepción de este tema que choca de frente con el generoso y efectivo proceso de regulación aprobado por el gobierno de Rodríguez Zapatero en España para cientos de miles de inmigrantes.

Esta evolución coyuntural en Europa se ha visto además acompañada por la clara evolución de otros procesos internacionales de medio alcance que afectaban los alineamientos cambiantes de relevantes estados desarrollados. Del lado atlántico, el distanciamiento entre Europa y Estados Unidos por Irak ha expresado no sólo diferencias tácticas o limitadas entre Bush, por un lado, y Zapatero, Chirac y Schröder, por otro, sino cambios también de largo alcance en las actitudes de los europeos y estadounidenses unos frente a otros. En términos económicos, no ha habido ruptura: cada lado ha invertido en y comerciado con el otro a un nivel al que ninguno de los dos podía o quería poner fin. Pero las divisiones políticas o militares no son el mero resultado de dirigentes desconcertados o de la confusa situación de Irak: son la consecuencia de un distanciamiento creciente entre las dos orillas del Atlántico, o la

vuelta a la situación anterior a 1941, en la que cada lado prefería guardar las distancias con el otro, aunque en este aspecto no se va a regresar al período de la Guerra Fría. En Asia Oriental, por su parte, otro proceso de crisis de medio alcance tenía lugar, con consecuencias potencialmente más peligrosas, en las relaciones entre China y Japón. Protagonistas de tres guerras importantes en su historia reciente, ambos estados veían, cada vez más preocupados, el poder económico y militar del otro. En medio de un nacionalismo creciente por ambos estados, que no han hecho nada -en claro contraste con Europa- para aliviar los odios heredados de la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes de Beijing y Tokio parecían dispuestos a asumir una peligrosa rivalidad estratégica que amenazaría con dominar toda la región en las próximas décadas.

Al mismo tiempo, mientras estos tres procesos afectaban a políticas e iniciativas de los principales países desarrollados, se produjo un cuarto proceso que afectó tanto a los países desarrollados como a los que se encuentran en vías de desarrollo y que generó una inquietud considerable: el lento pero al parecer inexorable declive de la legitimidad y la eficacia de las instituciones liberales, de la democracia como sistema de gobierno y de las instituciones y las leyes internacionales. Desde que finalizó la Guerra Fría se ha hablado mucho del triunfo de la democracia tanto en países o zonas ex comunistas como en el tercer mundo. En cierto sentido se trataba de una reivindicación válida: la democracia capitalista occidental se impuso, efectivamente, al comunismo soviético a finales de los ochenta y no existe ningún modelo de organización social y política en el mundo que en general se acepte como alternativa, y ni el nacionalismo ni la política sacralizada, conocida como fundamentalismo, ofrecen alternativas de peso para la creación de un orden diferente. Pero proclamar el “triunfo” era exagerado en varios aspectos: los criterios por los cuales se declaraba democrático un país eran demasiado limitados, pues sólo se fijaban en las prácticas electorales, sin tener en cuenta un contexto más amplio; y después estaban los puntos débiles de las propias democracias consolidadas, como la participación, el papel de los medios de comunicación o la creciente corrupción asociada a la financiación de partidos y a la mediocridad de los líderes políticos. El mito del triunfo democrático se basaba, por otro lado, en una simplificación histórica del tiempo que había tardado en consolidarse el modelo democrático occidental (varios siglos con unas cuantas guerras y sublevaciones políticas durante todo el proceso). Sin embargo, el año 2004 hizo mella en este discurso de la democracia como modelo avanzado de varias otras maneras.

En Rusia, la presidencia de Putin volvió a imponer cada vez más controles estatales en los medios de comunicación, la vida empresarial y la política. El régimen se sustentó sobre los antiguos servicios de inteligencia, cuyo personal estaba esparcido por todo el

país. La reforma de la Constitución rusa aprobada por Putin limitó, por otro lado, el margen de maniobra de la oposición. La respuesta de Putin a la guerra de Chechenia fue ante todo, imitando tal vez a conciencia la retórica de Sharon en Israel, la de negar la existencia de interlocutores chechenos con los que negociar, pese a que la realidad demostraba lo contrario. Rusia siguió imponiendo su control en el Cáucaso por la fuerza y recurriendo a la corrupción. Esto tan sólo sirvió para radicalizar a las facciones más extremistas de Chechenia, como la responsable del asalto a la escuela de Beslan en la república vecina de Ingushetia y que acabó con el infanticidio de cientos de alumnos. En Latinoamérica, el reestablecimiento de la democracia y el fin de las dictaduras militares en los ochenta tampoco condujeron a la consolidación de una nueva era democrática: al cabo del tiempo y ante los continuos problemas económicos que afectaron a la región, en varios países se empezaron a sufrir fuertes tormentas políticas. En Argentina, Perú, Ecuador y Bolivia, la clase política se enfrentó a una fuerte oposición popular y a protestas sociales. En Venezuela, Chávez obtuvo la victoria en un referéndum organizado bajo su presidencia, pero al precio de condenar al país a la polarización entre sus seguidores y sus opositores. En Brasil, la popularidad inicial de *Lula* empezó a desvanecerse en cuanto las fuerzas de la oposición y miembros de su propio partido cuestionaron su trayectoria y su autoridad. No parecía que Latinoamérica fuera a volver a los regímenes militares de las décadas anteriores, pero sí era evidente que el sistema político estaba sometido cada vez a mayor presión en numerosos países.

Esta erosión de la autoridad de la democracia dentro de los estados democráticos se vio agravada por otra tendencia visible en todo el mundo desarrollado: la pérdida de autoridad de los instrumentos de cooperación liberal creados tras la Segunda Guerra Mundial y de los que se pensaba, en la década de los noventa, que gozaban de aceptación mundial. El ejemplo más obvio fue el lento descrédito sufrido por la organización internacional por excelencia, Naciones Unidas. Denostada por muchos representantes de la Administración Bush y marginada en la preparación y la puesta en marcha de la guerra contra Irak, quedó debilitada también por una serie de escándalos relacionados con sus operaciones internacionales: en concreto, por los abusos sexuales cometidos por las fuerzas de pacificación en varios países y por la gran red de corrupción que sin ningún tipo de control se benefició del programa Petróleo por Alimentos en Irak a partir de 1996. A este debilitamiento de Naciones Unidas se sumaron la incapacidad casi total de la “comunidad internacional” para pactar cualquier reforma de un sistema creado hace ya 59 años y el desprecio que un número crecien-

“En Rusia, la presidencia de Putin volvió a imponer cada vez más controles estatales en los medios de comunicación, la vida empresarial y la política”

te de países muestra hacia el derecho internacional. La Administración estadounidense se negó a suscribir el Protocolo de Kyoto sobre medio ambiente y se opuso a la creación del Tribunal Penal Internacional. Y sus fuerzas de seguridad no mostraron ningún respeto por la Convención de Ginebra de 1949 ni por ningún otro código de conducta moral universal aprobado hasta la fecha, ni en la respuesta de Estados Unidos al 11-S ni en la detención de prisioneros en Afganistán e Irak. Así, a la publicación, en abril de 2004, de fotografías de irakíes torturados en la prisión de Abu Ghraib en Bagdad, siguieron, primero, nuevas pruebas de abusos cometidos en Afganistán y en más de una docena de centros de detención secretos distribuidos por todo el mundo sobre los que no existe ningún control; y, después, la práctica de la “rendición”, es decir, el envío de presos sospechosos a países en los que se sabe que la policía practica la tortura. Las fotografías de Abu Ghraib fueron terribles, pero lo más deplorable del caso fue que las prácticas reveladas se realizaron con la autorización de los altos mandos. Ni en los círculos del departamento de Estado ni en la opinión pública estadounidense se apreciaron apenas señales de arrepentimiento, aceptación de responsabilidades o voluntad de corregir la situación. Aunque los abusos cometidos por los estadounidenses a sus prisioneros fueron los más

espectaculares, se abrió expediente por causas similares a las tropas británicas destinadas en Irak y a las canadienses destinadas en Somalia. Quizá esto no fue más que otra muestra de unas actitudes

latentes de desprecio y discriminación contra los pueblos del tercer mundo, que al mismo tiempo se plasmaban en el antagonismo hacia la inmigración patente en muchos países europeos y en Estados Unidos, donde incluso un respetado profesor de Harvard como Samuel Huntington (2004) pudo publicar un libro, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense*, fundamentado en burdos estereotipos étnicos sobre los anglosajones y los hispanos.

Cambios tectónicos

Sin embargo, los procesos a largo plazo (*longue durée*) han sido quizá los más importantes de 2004. Para empezar, es el año en el que el poder de una China floreciente se hizo más evidente, por el aumento de las exportaciones chinas, por el crecimiento sostenido del 9% de su economía interna y por la influencia de la demanda china en los precios del petróleo mundial, pero también por el creciente peso y margen de maniobra de China en la escena política internacional. La mayor importancia de China en este nuevo orden mundial es objeto de especulaciones. Por un lado,

China se ha negado a modificar su sistema político, aunque haya moderado su represión, y el presidente Hu Jintao ha defendido un mayor control político del país. El nuevo modelo de mercado está dejando a millones de personas sin trabajo. La violencia, la corrupción y los daños medioambientales forman también parte del proceso. Desde el punto de vista de las ciencias sociales o de cualquier estudio historiográfico comparado, China estaría al borde del colapso, no sólo social, sino también político y económico. Sin embargo, hasta ahora ha conseguido mantener su sorprendente ritmo de crecimiento, ha aparecido una nueva clase media que disfruta de mayor seguridad (las compañías de viaje europeas han empezado a hablar por primera vez de la importancia del turismo chino) y China se muestra cada vez más firme y hábil tanto en los asuntos regionales como en los internacionales. El auge de Asia Oriental ya se predijo con anterioridad, a mediados de los noventa, pero la crisis financiera de 1997 pasó factura a esta zona. Ahora China es, en términos reales -económicos, estratégicos y políticos- una potencia en auge y la cuestión de cuáles han de ser sus límites sigue abierta. En Estados Unidos y en la misma Asia Oriental se admite que es la zona del mundo que goza de mayor dinamismo en la actualidad: en efecto, por primera vez en cinco siglos, el centro del poder y la riqueza mundiales se está desplazando del Atlántico al Pacífico. Nos encontramos ante un cambio tectónico del panorama internacional, más importante que la integración europea o el hundimiento del comunismo soviético.

En segundo lugar, 2004 abrió un nuevo capítulo en las relaciones entre los europeos y los pueblos islámicos, un proceso igualmente antiguo que, según cabe prever, también traerá mucha cola en el futuro. Se produjeron dos hechos muy diferentes: por un lado, los atentados del 11 de marzo en Madrid y, por otro, la decisión adoptada por la Unión Europea en diciembre de iniciar las negociaciones con Turquía para admitir a este enorme país musulmán. La historia de las relaciones europeas con el islam se remonta a muchos siglos atrás: es absurdo preguntarse si el islam tiene cabida en Europa cuando estuvo presente en España durante ocho siglos y cuando los otomanos dominaron los Balcanes durante otros cuatro. La presencia en las ciudades europeas de varios millones de musulmanes, algunos de primera generación, otros de segunda, refuerza este vínculo. Pero los atentados de Madrid no sólo pusieron sobre la mesa la vulnerabilidad de Europa ante los ataques de grupos radicales sunníes; también revelaron la presencia en las comunidades musulmanas de Europa de grupos e ideas radicales que chocan de frente con los tradicionales valores políticos europeos. El ejemplo que quizá mejor simboliza este fenómeno es la inmolación, tras el 11 de marzo, de siete fundamentalistas en un piso de Leganés, una tranquila barriada de Madrid habitada por familias jóvenes de clase media en la que las progresistas autoridades municipales habían bautizado las calles con

nombres de escritoras y pensadoras feministas. Europa y el mundo musulmán están, por su geografía e historia, y ahora por las corrientes migratorias, inevitablemente unidos. La pregunta a la que deben responder ahora los políticos e intelectuales tanto de Oriente Medio como de Europa es: ¿pueden relacionarse de manera creativa y beneficiosa para ambos o van a tener que basar su relación en el conflicto, la exclusión y la simplificación? Esta pregunta tiene, sin duda, implicaciones de *longue durée*.

En un plano aparte, pero de gran importancia política y económica -el del medio ambiente-, el mundo sigue aferrado a la negación. Los científicos han subido el tono de las advertencias que lanzaron hace una década sobre el cambio climático y sus consecuencias, pues por un lado conocen mejor los procesos implicados y por otro tienen cada vez más indicios -la temperatura y otros cambios climáticos, la composición de la atmósfera, el deshielo de los polos y el nivel del mar- de lo que está sucediendo. Según se ha demostrado en los últimos cinco años, hay un 50% de probabilidades de que la corriente cálida del Golfo que baña Europa desaparezca en las próximas décadas; además, la fauna marina ha sufrido daños irreparables debido al aumento de los niveles de acidez del mar, pues la mayor presencia de dióxido de carbono en el aire, que al combinarse con el agua reacciona, vuelve ácidos los océanos alcalinos. Algunos países han acordado, a través del Protocolo de Kyoto, algunos controles; sin embargo, se trata de unas medidas mínimas, muchas de las cuales hallan resistencia en el electorado, y el país más contaminante del mundo, Estados Unidos, se ha mantenido al margen del sistema. En otros ámbitos, como la deforestación del Amazonas e Indonesia, la erosión de las tierras agrícolas en muchos países o el abuso descarado de los vehículos deportivos en los países desarrollados, la concienciación sobre el inminente desastre lograda en los noventa parece haber disminuido. Este proceso, también tectónico y ahora aparentemente irreversible, es obra del hombre y será el hombre quien acabará pagándolo caro. Y tal vez más pronto de lo que muchos políticos y mucha gente en general se dan cuenta ahora.

Negando lo anunciado

La conclusión paradójica que se extrae de los acontecimientos que sorprendieron al mundo en 2004, al igual que sucedió en 1991 y 2001, es que, debido al fracaso de los diferentes países y sus respectivas poblaciones, los asuntos humanos siguen escapando intrínseca e inexorablemente a cualquier predicción o control político, mientras que los de la naturaleza podrían, si el mundo lo quisiera, mitigarse en gran medida. El hecho de que no se mitiguen lo suficiente -sea en el caso de la repentina erupción del mar de Sumatra el pasado 26 de diciembre o en el del deterioro a largo plazo del

medio ambiente en todo el planeta, un problema conocido y claramente estudiado que debe abordarse en esta década y no en las siguientes-, es una cuestión de elección política. Esta elección, que augura estragos en las últimas décadas de este siglo, refleja la debilidad de los dirigentes y los partidos políticos, que tienen la mirada puesta en los beneficios inmediatos en un mundo en el que los problemas se dejarán sentir a largo plazo; pero refleja también la indiferencia y la ceguera, por no decir el narcisismo consumista, de la población del mundo desarrollado que no se enfrenta a estos problemas. En los años y décadas venideras nadie podrá decir que los procesos que imperan en el mundo no se esperaban: en 2004 se detectaban ya perfectamente. En Madrid en marzo y en el mar de Sumatra en diciembre, ha sido un año de sorpresas espantosas: pero lo más impactante al respecto, y potencialmente más pre-

ocupante, no ha sido la irrupción de estos dramas sino el fracaso de estados y sociedades modernos en percibir lo que se estaba desarrollando abiertamente bajo sus ojos. Aquí, no en las bombas de Atocha o las olas arrasadoras del tsunami, es donde radica la mayor de las sorpresas.

Referencias bibliográficas

HUNTINGTON S. P. (2004) *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense*. Barcelona: Paidós.

SCHEUER, M. (2004) *Imperial Hubris: Why the West is Losing the War on Terror*. Dulles: Potomac Books.